CORREO DE LA RESISTENCIA

MIR

EDICION ESPECIAL Nº 5

Marzo-Abril 1978

TESIS FUNDAMENTALES

Fundación Miguel Enríquez

CORREO DE LA RESISTENCIA

Fundación Miguel Enríquez

PRESENTACION

Una característica saliente de la izquierda revolucionaria latinoamericana es su internacionalismo, que la marcó desde sus orígenes. Influída en su gestación por la primera revolución socialista triunfante en el continente, la de Cuba, la izquierda revolucionaria latinoamericana tomaría muy pronto conciencia de la necesidad de ese internacionalismo, a través de las enseñanzas del Che.

Los revolucionarios latinoamericanos aprendieron a ejercitar su internacionalismo, precisamente en defensa de la Revolución cubana, amenazada por la combinación de odio y miedo que contra ella alimentaron y alimentan el imperialismo yanqui y las burguesías criollas. En las calles, en las escuelas, en las fábricas, los jóvenes revolucionarios de los años sesentas desplegaron combativas y amplias movilizaciones, al tiempo que trataban de aprender de los revolucionarios cubanos la teoría y los métodos de lucha que los habían llevado a la victoria. Al calor de esas jornadas, que se entrelazaban con las luchas memorables que las masas trabajadoras de América Latina desarrollaron entonces, surgieron las formas orgánicas, la línea ideológica, la práctica político-militar que la izquierda revolucionaria trajo al terreno de la lucha de clases, rompiendo con las concepciones y prácticas reformistas.

Vendrían después nuevos elementos a reforzar y dar solidez al internacionalismo proletario que practicaba la izquierda revolucionaria. El desarrollo de las luchas antimperialistas en todo el mundo, pero particularmente la gesta heroica de los combatientes vietnamitas, abonarían la tierra donde echara raíces ese internacionalismo, mientras el avance en la comprensión de lo que representa el imperialismo contemporáneo, en sus aspectos económicos, político y militar, proporcionaría las bases teóricas de lo que era ya una práctica concreta.

EL MIR no constituye una excepción, en el marco del desarrollo de la izquierda revolucionaria latinoamericana. Su dedicación a la causa de la revolución proletaria y socialista estuvo ligada, desde un principio, con la defensa de la Revolución cubana. Allí se destacaron sus líderes de la primera hora: Miguel Enríquez, Luciano Cruz, Bautista van Schowen. Su afirmación en tanto que organización revolucionaria chilena no contradijo, sino que reforzó su internacionalismo. ¿No hizo el Partido sus

Fundación Miguel Enríquez

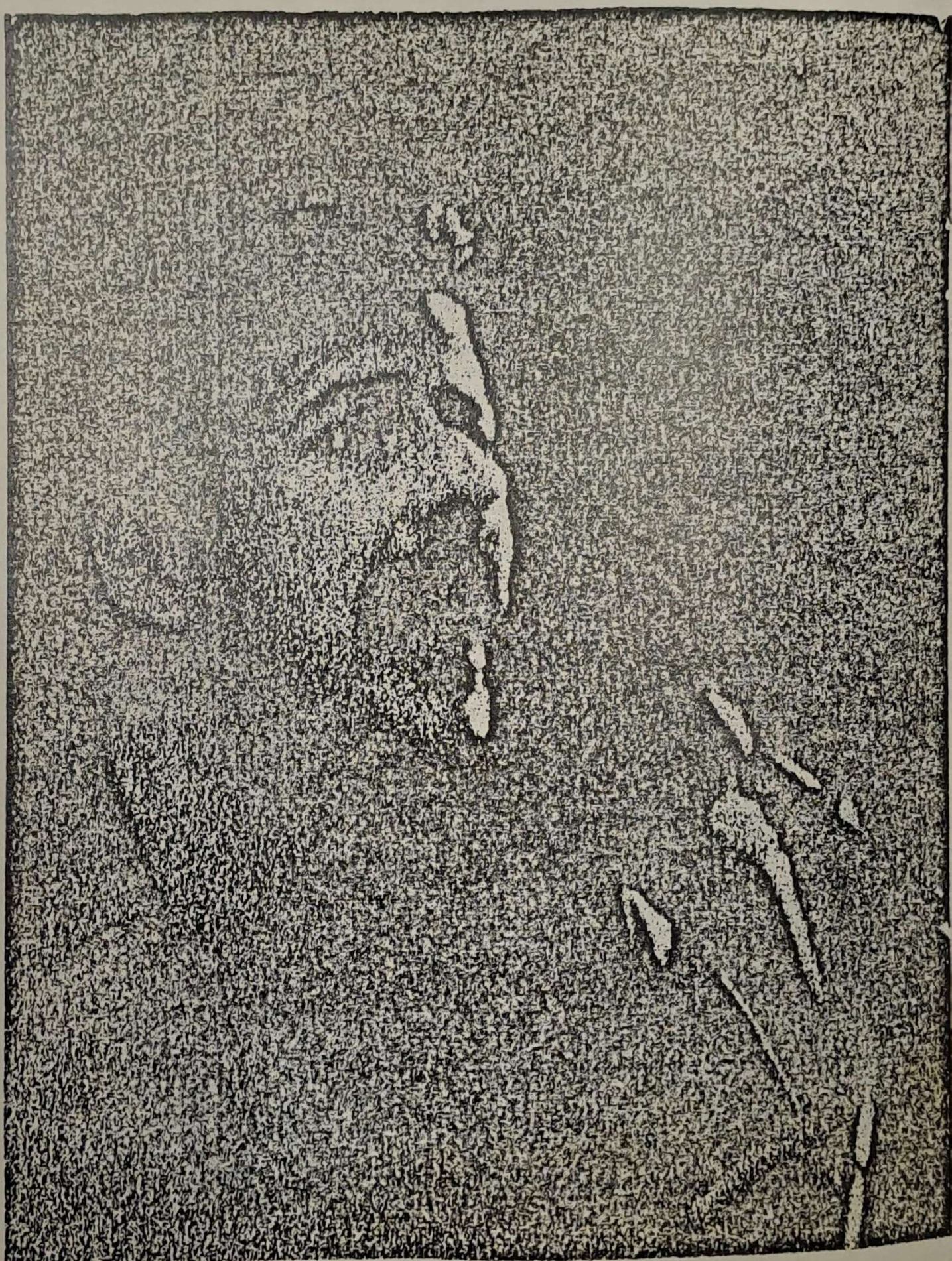
primeros pasos en un Chile elegido por el imperialismo yanqui como laboratorio de las prácticas reformistas de la contrainsurgencia, que cristalizaron y fracasaron a través de la "revolución en libertad" que obsecuentemente implementó la Democracia Cristiana, con Eduardo Frei a la cabeza? ¿No le mostró eso a los revolucionarios del MIR– que tuvieron también que hacer frente, bajo Frei, a las prácticas represivas de la contrainsurgencia– que la burguesía chilena se integraba crecientemente al imperialismo, no dejando espacio a la supuesta burguesía nacional y progresista de que hablaba la izquierda reformista?

Con el período de intensa lucha de clases que se abre en 1970, el MIR, conducido por Miguel Enríquez, percibió claramente la necesidad de asegurar el desarrollo del movimiento revolucionario de las masas mediante la coordinación orgánica con otras fuerzas revolucionarias del Cono Sur. Se crea, entonces, la Junta de Coordinación Revolucinaria, que une a los revolucionarios del MIR a sus camaradas de Argentina, Bolivia y Uruguay. La nueva situación provocada por el golpe militar de 1973 no hizo sino reforzar esa tendencia, al mismo tiempo que llevó al MIR a plantarse el problema del apoyo internacional a la revolución chilena y, en concreto, la construcción de una retaguardia en el exterior. El internacionalismo del MIR llega entonces a su pleno desarrollo, mediante un proceso de discusión y elaboración teórica extraordinariamente rico en el seno del partido.

Las *Tesis Fundamentales* sobre la política internacional del MIR, que *Correo de la Resistencia* publica a continuación, son el resultado de ese proceso. Aprobadas en la sesión del Comité Central de enero de 1978, ellas representan la síntesis de los planteamientos teóricos y políticos que orientan la acción internacional del Partido. Acción cuya continuidad y coherencia vinculan las *Tesis* con aquellas movilizaciones que, cuando empezaba todavía a formarse el Partido, llevaron a cabo los revolucionarios del MIR, en defensa de la Revolución cubana y en abierto repudio al imperialismo yanqui.

Es por lo que las *Tesis* son también una creación de Miguel Enríquez y Luciano Cruz, heróes del MIR, y de Bautista van Schowen, desaparecido desde 1973 en las cárceles de la dictadura, así como de los combatientes internacionalistas que, como Edgardo Enríquez, Svante Grande y tantos otros, cayeron muertos o detenidos, manteniendo en alto el internacionalismo proletario del MIR chileno.

Fundación Miguel Enríquez



Fundación Miguel Enríquez

POLITICA INTERNACIONAL DEL MIR

TESIS FUNDAMENTALES

Fundación Miguel Enríquez

La crisis que atraviesa actualmente el mundo capitalista no se presenta como una simple fluctuación coyuntural sino como el agotamiento de un patrón de reproducción y circulación del capital, que no puede ser superado si las fuerzas que comandan el desarrollo del sistema no encuentran nuevas pautas para que éste pueda continuar desenvolviéndose. Bajo este aspecto, la crisis actual configura una situación similar a la que el capitalismo enfrentó en el período de 1914 a 1945. Sin embargo, ahora, la crisis se verifica sobre la base de un sistema mucho más integrado, lo que le confiere más amplitud, y en el cual las contradicciones han alcanzado un nivel superior de desarrollo, lo que la vuelve más aguda; asimismo, dicha crisis opera en el marco de un mundo que, en el curso de la crisis precedente, vio extensas regiones liberarse del yugo del capitalismo y establecer con éste una lucha basada en el poder estatal, lo que la hace más peligrosa para la supervivencia del sistema. Ese carácter más grave, y por esto mismo sin precedentes, de la actual crisis capitalista no puede ser correctamente percibido si no la consideramos en la perspectiva de la evolución histórica del sistema, a partir del siglo pasado, una vez que el modo de producción que le corresponde pudo afirmarse plenamente.

Fundación Miguel Enríquez

Desde comienzos del siglo XIX, consumada la revolución industrial, el capitalismo se caracterizó, a nivel mundial, por un movimiento eminentemente expansivo, que lo llevó a extender a todo el planeta el mercado mundial, incorporando a los centros del sistema las regiones más lejanas en calidad de mercados para la producción manufacturera y de productoras de materias primas y alimentos; en otros términos, la expansión mundial capitalista correspondió a la implantación de la división internacional simple del trabajo. La concentración y centralización del capital en los centros capitalistas, que habían acompañado ese movimiento, dieron lugar a que se formaran allí grandes monopolios, regidos por un capital financiero de nuevo tipo, resultante de la fusión del capital industrial con el capital bancario. Esos monopolios se lanzaron al exterior para ampliar el mercado para sus productos, controlar las fuentes de materias primas y conquista nuevos campos para la acumulación de capital: la etapa expansiva del capitalismo culminaba así con el paso del sistema al imperialismo.

Sin embargo, aunque representara la culminación del capitalismo, el imperialismo marcaba también el inicio de su descomposición, el punto de inflexión a partir del cual la curva de su desarrollo, hasta allí ascendente, comienza a declinar. Sus crisis periódicas adquirieron, entonces, otra significación. La que se inició en 1914 y se extendió hasta principios de los años 40, no sólo no pudo conducir a una nueva ola de expansión del capitalismo a escala mundial, sino que se manifestó en la lucha entre las potencias imperialistas por el reparto de un mundo ya enteramente ocupado por el capital. Es más: en su curso, dio lugar a que, por primera vez, el capitalismo viera desprenderse extensas regiones

Fundación Miguel Enríquez

hasta entonces sometidas a su imperio, obligándolo a superar la crisis en un marco geográfico mucho más estrecho. Etapa suprema del capitalismo, el imperialismo constituye, pues, también un punto de ruptura, a partir del cual la burguesía se enfrenta al movimiento de las revoluciones proletarias victoriosas. Corresponde, por tanto, al período del enfrentamiento decisivo, de la lucha a muerte a escala mundial entre el proletariado y la burguesía.

Perdiendo terreno ante el avance del proletariado, el capitalismo siguió desarrollándose, aunque más en profundidad que en extensión. La ampliación de la industria manufacturera a zonas reservadas hasta entonces a la producción de alimentos y materias primas no sólo sentó las bases para una división internacional del trabajo más compleja, sino que acentuó la generalización a nivel mundial de las relaciones capitalistas de producción, liquidando a un ritmo más acelerado antiguas formaciones económicas subordinadas sólo formalmente al capital y promoviendo por doquier el desarrollo de la burguesía y el proletariado. Llegada a esa etapa, la burguesía combina en el plano internacional las formas más sofisticadas de la acumulación capitalista, sobre la base de la productividad del trabajo, con las formas más primitivas, que implican la superexplotación de la fuerza de trabajo, del mismo modo como, junto a una mayor concentración y centralización del capital, provoca nuevos procesos de acumulación originaria, recurriendo a la fuerza para expropiar a los pequeños productores. Con esto, agudiza en todo el mundo su enfrentamiento con el proletariado, al mismo tiempo que levanta en contra suya a las amplias masas campesinas y semiproletarias. A esa agudización, la burguesía responde con la más violenta represión. Así como

Fundación Miguel Enríquez

no tuvo un carácter idílico en su origen, el capitalismo tampoco lo tiene en su fase de declinación; todo lo contrario, lleva hasta los límites las contradicciones de clase, intensifica su carácter explotador y acentúa su política represiva. Se prepara así para abandonar la escena mundial tal como llegó a ella: cubierto de lodo y sangre.

La era de las revoluciones proletarias triunfantes habría de ser, pues, también la era de la contrarrevolución burguesa imperialista. Tras el fin de la segunda guerra mundial, una vez superada la crisis y zanjadas por la fuerza las contradicciones interimperialistas, la contrarrevolución se reorganizó bajo la égida del imperialismo yanqui, constituido en centro hegemónico del mundo capitalista, y se dispuso a enfrentar al proletariado bajo la forma en que éste le parecía más amenazador: en tanto que estados socialistas, surgidos en el curso de la crisis, en particular la Unión Soviética. El reforzamiento del poderío de la URSS y la situación de postración de los demás centros imperialistas, de Europa y Japón, impidieron la confrontación directa y pusieron al mundo, durante un largo período, en el marco de la "guerra fría". Mientras tanto, sucesos como el de Corea y, luego, del Congo, Argelia y Cuba fueron llevando al imperialismo yanqui a replantear su visión del proceso revolucionario mundial y a darse cuenta de que el peligro mayor para la supervivencias del sistema residía en el seno de éste, en la dinámica revolucionaria de las masas proletarias, semiproletarias y pequeño burguesas. El imperialismo yanqui, para quien el proceso de descolonización de la postguerra se presentara como un negocio más, que le abría la puerta a los antiguos imperios coloniales, vio como éste daba lugar a las guerras de liberación nacional, las que

Fundación Miguel Enríquez

—como demostrarían los casos de Corea, Vietnam, Cuba y, más recientemente Angola— no pueden alcanzar sus objetivos sino bajo la conducción del proletariado e integrándose, pues, al movimiento mundial de la revolución proletaria y socialista.

La forma predominante que adoptó la contrarrevolución fue la de la contrainsurgencia, cuyos primeros desarrollos habían sido hechos por el imperialismo inglés y francés en sus colonias, pero que se generaliza, al convertirse en eje rector de la política imperial de Estados Unidos, a partir de Kennedy. Correspondiendo al reemplazo en la estrategia militar yanqui del concepto de "represalia masiva", propio de la guerra fría, por el de "respuesta flexible", la contrainsurgencia es la aplicación de un enfoque militar a la lucha política, la cual pasa a tener como objetivo explícito el aniquilamiento físico del "enemigo". En la medida en que éste le aparece a la burguesía inmerso en la población civil, la contrainsurgencia implicará el recurso al terrorismo burgués abierto en contra de la clase obrera y el pueblo. Para ello, procede a adecuaciones sustanciales en el sistema de dominación, con el objeto de capacitarlo para enfrentar una nueva forma de acumulación de fuerzas revolucionarias, la cual se caracteriza grosso modo por contemplar el desarrollo de la fuerza militar y el poder "dual" desde los orígenes mismos de ese proceso. En la perspectiva de separar al núcleo revolucionario del "mar del pueblo", la contrainsurgencia ha conllevado la pertinente adecuación operativa de las fuerzas armadas, su participación activa en la conducción del estado y en la política, las correspondientes expresiones institucionales (consejos de seguridad nacional; poder de seguridad nacional, como cuarto poder del estado, que

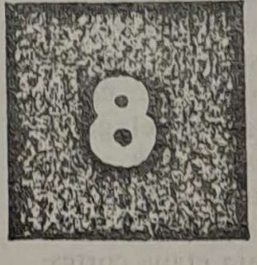
Fundación Miguel Enríquez

supervigila a los otros), así como su reflejo en el plano de la ideología (doctrina de la seguridad nacional). Tal cosa no ha podido menos que alterar el carácter del estado burgués, haciéndolo más y más abiertamente represivo, sin que ello limite el accionar de la burguesía a este solo terreno; el lanzamiento por el propio Kennedy de la Alianza para el Progreso es claramente demostrativo de esto último.

Para América Latina, la contrarrevolución dio como resultado las dictaduras militares que se han desplegado en el continente. En su desarrollo, se observan dos etapas, que corresponden a los cambios que se operan en la lucha de clases latinoamericana. La primera, abierta con el golpe brasileño de 1964, se extiende hasta 1968 y no registra avances importantes del proceso contrarrevolucionario, a excepción del reforzamiento del subimperialismo brasileño. Esa primera etapa corresponde a un auge de masas en Latinoamérica, donde destaca la acción de diversas capas pobres, el campesinado y la pequeña burguesía, quien vanguardiza el proceso. Esto limita, en ese entonces, la ferocidad de la contrarrevolución y da lugar incluso a regímenes híbridos, nacidos de la contrarrevolución pero orientados por una pequeña burguesía reformista, como lo fue el régimen peruano de Velasco Alvarado. Hacia 1968, el auge de masas empieza a cambiar de signo, registrando, junto a la incapacidad de la pequeña burguesía para dirigir el proceso (hecho que sólo se consuma definitivamente en 1972), el ascenso de la clase obrera el cual traería consigo el fortalecimiento del reformismo obrero y pequeñoburgués, a la par que comienza a perfilarse claramente en el seno del movimiento obrero una tendencia revolucionaria, todavía minori-

Fundación Miguel Enríquez

taria. Este hecho –suficiente para profundizar la contrarrevolución en Brasil, con el segundo golpe de estado de diciembre de 1968, y modificar incluso el carácter de regímenes como el de la democracia cristiana freísta–, se hará patente en 1969, con el "cordobazo", y se expresará en los grandes hechos políticos posteriores, que tendrán lugar en Uruguay, Bolivia,Chile y Argentina. Es en ese contexto que la izquierda revolucionaria latinoamericana, que surgiera en la década de los sesenta, alcanza un nivel superior de desarrollo, constituyéndose en expresión de la tendencia revolucionaria que pugnaba por abrirse paso en la clase obrera.



Los cambios que presenta la lucha de clases en América Latina en la década pasada se originan, en última instancia, de las transformaciones económicas que se verifican en la región, al incidir en ella las nuevas pautas de reproducción y circulación del capital que el imperialismo imponía a escala mundial, desde el fin de la segunda guerra. A partir de la década de 1950, los capitales extranjeros comienzan a privilegiar en Latinoamérica las inversiones productivas en la industria manufacturera, al tiempo que se refuerza el flujo de capital financiero a la región, para –mediante su transformación en capital productivo, particularmente a través de la acción del Estado– ampliar la infraestructura de energía, transporte e industrias básicas, necesaria para elevar la rentabilidad del sector manufacturero. La burguesía industrial latinoamericana –que, según el desarrollo económico previo de cada país, pudo desarrollarse en el período de entreguerras– trató inicialmente de resistir esa embestida imperialista, para negociar en mejores condiciones, fruto de esa resistencia fueron los movimientos populistas, en los cuales la

Fundación Miguel Enríquez

burguesía industrial, apoyándose fundamentalmente en la pequeña burguesía urbana, buscó alinear tras de sí a las amplias masas obreras y campesinas, para forzar al imperialismo yanqui y sus aliados internos: la burguesía terrateniente y mercantil a sentarse a la mesa de negociación. Sin embargo, el nuevo carácter que asumía la penetración imperialista abriría la puerta para la asociación subordinada de la burguesía industrial latinoamericana a la burguesía extranjera, ya por la vía directa, mediante la asociación de capitales, ya por la indirecta, al inducir una expansión económica que impulsó el desarrollo de nuevas ramas de producción y, con ellas, de capitales nacionales que se subordinaban al capital extranjero por la dependencia tecnológica y financiera. En consecuencia, la burguesía latinoamericana se diferenció internamente, dando lugar al surgimiento de una gran burguesía más dependiente de la burguesía imperialista, que no tardó en consolidar su hegemonía sobre el bloque burgués y conducirlo a la industrialización dependiente, subordinada a la dinámica del capital imperialista.

El proceso anterior demostró que no hay desarrollo capitalista posible para América Latina, fuera del patrón impuesto por el imperialismo. Por eso, aunque capas burguesas mantengan contradicciones con el capital criollo e imperialista, tales contradicciones no se expresan en una verdadera política nacionalista ni dan lugar a que esas capas sean capaces de proponer una real alternativa al desarrollo dependiente impulsado por el gran capital nacional y extranjero. Ello no obsta para que, más tarde, maduraran crisis interburguesas que llegaron, por acción del movimiento de masas, a precipitar en situaciones prerrevolucionarias o de inusitada inestabilidad política, allí donde a la crisis capitalista

Fundación Miguel Enríquez

mundial actual se sumaron los procesos de crisis propios de los modelos de desarrollo capitalista vigentes en esos países. Los estados de excepción surgidos en América Latina responden, pues, a una triple necesidad: detener el auge del movimiento de masas –que, encabezado socialmente por la clase obrera, constituía ahora una amenaza cualitativamente distinta a la de la década de los 60–, afirmar el predominio al interior de la clase dominante de una fracción o bloque burgués capaz de garantizar el desarrollo y expansión del capital monopólico nacional e imperialista y, finalmente, imponer un marco represivo que permitiera enfrentar la crisis interna e internacional a partir de la superexplotación de la clase obrera rural y urbana, el despojo del campesinado y la presión sobre otras capas burguesas y pequeñoburguesas. Así, la contrainsurgencia, al coincidir con el interés contrarrevolucionario de las burguesías latinoamericanas, sirve de punto de apoyo para la construcción de un nuevo sistema de dominación, de corte dictatorial, adecuado a la economía del gran capital y a una dominación de clase que teme toda manifestación política popular.

El desarrollo industrial dependiente ha tenido como consecuencia el crecimiento del proletariado y su concentración; por otra parte, al mismo tiempo que ha aumentado la productividad del trabajo, ha acentuado las formas de superexplotación, combinando la intensificación del ritmo de trabajo con jornadas largas y salarios bajos. Simultáneamente, la ampliación del capitalismo al campo ha arruinado a los campesinos, convertido a amplios sectores de éstos en proletarios y semiproletarios y expulsado muchos a las ciudades, donde se incorporan a las filas del ejército de desocupados abiertos o

Fundación Miguel Enríquez

disfrazados. Al estallar los movimientos de lucha de esas amplias masas, la clase obrera asumió naturalmente su conducción. Pero esa conducción, indiscutible en el plano social, se vio mediatizada en el plano político, por el peso que allí tiene el reformismo obrero y pequeñoburgués. La falta de un partido revolucionario del proletariado llevó a que las luchas populares del período se saldaran con la victoria de la contrarrevolución, que se expresó con tanta más brutalidad y violencia cuanto mayor fue la fuerza demostrada por la clase obrera. Pero aprendiendo de las luchas y las derrotas, la izquierda revolucionaria aceleró su proceso de maduración y estableció sobre bases firmes una corriente auténticamente marxistaleninista en el continente, que se ve fortalecida por la voluntad consciente de sus distintos destacamentos por avanzar en un proceso de coordinación creciente; expresión de ello es la JCR y nuevas iniciativas que se desarrollan en ese terreno.

La segunda etapa de la contrarrevolución latinoamericana coincide grosso modo con el inicio de la crisis capitalista mundial. Junto a la embestida a fondo que emprende entonces en América Latina, el imperialismo yanqui acentúa su ofensiva en Africa y Asia, al mismo tiempo que trata de zanjar agresivamente sus contradicciones con los demás centros imperialistas, particularmente Alemania Federal y Japón, que habían recompuesto su poderío. El punto fuerte de la lucha interimperialista fue el alza del petróleo, en 1973, que marcó también, al agudizar la crisis y las tensiones políticas internacionales, un giro en la correlación de fuerzas entre la revolución y la contrarrevolución. En una economía capitalista exasperada, las fuerzas revolucionarias acometen con fuerza redoblada, a partir de 1974, en el Sudeste asiático, en Africa austral, en Europa

Fundación Miguel Enríquez

meridional, en el Medio Oriente. El campo imperialista comienza, entonces, a presentar fisuras: la socialdemocracia alemana, a través del Programa para la Paz y el Progreso, lanzado en 1974 por Willy Brandt, entra a disentir de los métodos yanquis para salvaguardar al sistema y plantea una política distinta; ésta no sólo trata de hacer frente a los fracasos a que está siendo conducida la contrainsurgencia, sino que se esfuerza también por levantar una política contrarrevolucionaria que tome en consideración el carácter de la base social de la socialdemocracia y en general la fuerza de la clase obrera europea, que no permite ya el recurso a soluciones de tipo fascista y, menos aún, a la contrainsurgencia. En el seno mismo del imperialismo yanqui, se desata la lucha interburguesa y se precipita una seria crisis política, pasando la política internacional de Nixon-Ford-Kissinger a constituirse en el chivo expiatorio de los fracasos norteamericanos en el campo mundial, a la vez que se exige la readecuación de la política contrarrevolucionaria de Estados Unidos a la nueva situación internacional.

La burguesía imperialista se ve arrastrada a una situación paradójica: cuando más necesita utilizar la violencia y la represión, para recuperar la cuota de ganancia y crear condiciones favorables a la acumulación de capital, mayores obstáculos encuentra en este propósito, tanto por sus divisiones internas como, y sobre todo, por la fuerza que ostentan el proletariado y las masas trabajadoras a nivel mundial. En estas condiciones, es forzada a buscar compromisos, a alentar el oportunismo y la corrupción en el seno del movimiento obrero, a jugar con las divisiones que presenta el proletariado internacional. En América Latina, donde las dictaduras militares han logrado en casi todos los casos dar término a la fase de consolidación de los

Fundación Miguel Enríquez

estados de excepción, que la crisis global de los respectivos sistemas de dominación requerían, la prolongación de esa fase más allá de lo necesario y posible ha conllevado un recrudecimiento de las pugnas interburguesas y, lo más importante, un grado creciente de reactivación de las luchas de masas, encabezadas nuevamente por la clase obrera. A todo esto responde el impulso y las presiones que el imperialismo ejerce en pro de la "institucionalización" de los estados de excepción, como manera de abrir paso a la fundación de un nuevo estado, el estado monopólico. La prolongación de la crisis mundial, las dificultades que encuentra la definición de una nueva jerarquización y división internacional del trabajo y la naturaleza de clase del nuevo estado monopólico determinan que los proyectos de conciliación de clases que intenta el imperialismo dispongan de una base material sumamente restringida, desde el punto de vista de las aspiraciones de las masas. Ello hará que el nuevo estado sea muy distinto del estado liberal burgués, que fuera concebido en la fase del capitalismo de libre competencia. Asimismo, el agotamiento del modo de producción capitalista –en tanto que sistema capaz de impulsar el desarrollo ascendente de las fuerzas productivas– se agrega como elemento que asegura que una eventual victoria de la burguesía imperialista no significará que la actual crisis pueda resolverse en una nueva fase de desarrollo del sistema. Todo indica más bien que el capitalismo sólo podría mantenerse en un contexto de relativo estancamiento, de exclusión creciente de las amplias masas de cualquier participación en los beneficios del mismo. Un sistema así sólo sería posible sobre la base del ejercicio más brutal del terror ideológico y también material sobre los trabajadores de todo el mundo, y se caracterizaría por un proceso interno de descomposición y decadencia, que no dejaría alternativa de desarrollo a la humanidad. La revolución proletaria y socialista es hoy una

Fundación Miguel Enríquez

necesidad imperativa, la pala capaz de remover los restos podridos de un sistema que amenaza con sofocar toda posibilidad de progreso y cerrar al hombre el camino de la historia.

Es sobre la base de esa situación general de crisis del capitalismo que el proletariado revolucionario mundial, y en especial el chileno, formula hoy su táctica internacional. Pese a la brutalidad de la contrarrevolución, el proletariado parte de una posición de fuerza, que le permite establecer una línea de acción en la perspectiva de que la revolución proletaria y socialista se encuentra en el orden del día y representa un imperativo histórico. La existencia de los países socialistas, transformados en una de las fuerzas que impulsan la revolución mundial, contribuye a que ello sea así. Los países socialistas constituyen aliados estratégicos de las revoluciones nacionales en Chile, América Latina y el mundo entero. Ello es así porque los países socialistas representan modelos de organización económica y social realmente alternativos al capitalismo y, al mismo tiempo, constituyen puntos de apoyo material, militar y político a la revolución mundial. Estas vertientes mediante las cuales los países socialistas influyen sobre la revolución mundial no se ejercen, sin embargo, linealmente y sin contradicciones.

El MIR concibe el socialismo como el desarrollo de las fuerzas productivas, base del reino de la abundancia, y la democracia proletaria, base del reino de la libertad. Por ello mismo, ese proyecto supone que la revolución proletaria sea un proceso mundial, que suprima todo obstáculo e interferencia a su desarrollo pleno.

Fundación Miguel Enríquez

El desarrollo desigual del capitalismo ha implicado la supervivencia, con mayor o menor fuerza, según la sociedad considerada, de antiguos modos de producción y de las clases que les corresponden. En la medida en que el capital subordina esos modos de producción, refuncionalizándolos a las necesidades de su reproducción, establece con esas clases relaciones económicas de naturaleza contradictoria, en las que pueden fundarse alianzas sociales y políticas, como con la clase terrateniente y mercantil; compromisos más bien inestables, como con las capas pequeñoburguesas urbanas y rurales; o relaciones de subordinación y explotación, como con los campesinos y las masas semiproletarias del campo y la ciudad (aparceros, artesanos). Por otra parte, aunque el capitalismo extienda siempre el régimen asalariado, permite, por un lado, la reproducción de pequeños capitales y, por ende, el surgimiento de nuevas capas pequeñoburguesas (al mismo tiempo que, por la concentración y la centralización del capital, genera constantemente la proletarización de la pequeña burguesía); por otro lado, diversifica la ocupación y los salarios, promoviendo el surgimiento de sectores asalariados que, por su nivel de ingresos, la naturaleza de su trabajo y, en general, su modo de vida, tienden a constituirse en la principal fuente de crecimiento de las capas medias de la moderna sociedad burguesa. Inmerso en esa compleja estructura social y teniendo que desarrollar allí su lucha contra la burguesía, el proletariado está obligado a disputarle a ésta las clases y fracciones de clases con las cuales ella mantiene relaciones de compromiso o de subordinación, y ganarlas para su propio campo. Ello le impone llevar a cabo una política de alianzas que, definida a partir de las contradicciones de clase que estos sectores tienen con la burguesía y los intereses estratégicos del proletariado, plantee su encauzamiento y superación en el marco de la revolución proletaria. En el plano internacional, ello

Fundación Miguel Enríquez

se expresa en la política del proletariado hacia los movimientos y gobiernos democráticos y de liberación nacional, con conducción pequeñoburguesa, los cuales, por el carácter mismo de su conducción, pueden atraer a sectores de las burguesías locales, allí donde estas se constituyen todavía en capas medias, excluídas del bloque dominante, como ocurre principalmente en los países semicoloniales. Esa política implica el apoyo militante del proletariado a las luchas que libran esos movimientos y gobiernos y, simultáneamente, el esfuerzo decidido y paciente por someterlos a su conducción. Ese esfuerzo pasa necesariamente por privilegiar en su política de alianzas a las fuerzas que, en el seno de esos gobiernos y movimientos, buscan ser la expresión de los intereses del proletariado.

La política del proletariado asume necesariamente otro carácter cuando se enfrenta, en el plano ideológico, a contingentes obreros cuya dirección política e ideológica —la socialdemocracia— es contraria a los intereses tácticos y estratégicos del proletariado. Corriente internacional, la socialdemocracia no es, ni mucho menos, una fuerza homogénea; ella comprende desde partidos que admiten alianzas o acuerdos puntuales, no sólo con partidos obreros reformistas, sino incluso con fuerzas revolucionarias (es el caso en Chile), hasta partidos que expresan directamente los intereses imperialistas de ciertas burguesías europeas; heterogeneidad que no cuestiona, sin embargo, la notoria hegemonía que éstos ejercen al interior del conglomerado de partidos socialdemócratas. Importa establecer, como cuestión de principios, que es objetivo permanente del proletariado rescatar a las bases obreras engañadas y restituirles en toda su dimensión su vocación revolucionaria. Ello supone

Fundación Miguel Enríquez

que, respecto de éstas, debe obligatoria y permanentemente favorecerse toda la gama de acciones comunes, a la par que, a partir de esa práctica común, se desarrolle la lucha política e ideológica contra las fuerzas que la conducen, de manera congruente con el criterio de que se trata de agentes de la burguesía que actúan conciente o inconcientemente en el sentido de someterle a ésta la clase obrera. En el marco que definen las contradicciones interimperialistas, la naturaleza del período actual de la lucha de clases en Latinoamérica, la ya citada heterogeneidad de la socialdemocracia internacional y la consideración fundamental de que el imperialismo norteamericano es el principal enemigo del movimiento obrero y popular, el proletariado revolucionario debe abrirse posibilidades de acción común con ciertos partidos y corrientes socialdemocrátas, sin perder de vista que, en América Latina, ellos son portadores del proyecto político que, apoyándose en un intento de división y corrupción del movimiento obrero, pretende una salida a la crisis mundial que, en lo esencial, salvaguarda el capitalismo y la explotación imperialista.

En el caso de los partidos obreros reformistas que se inscriben en la corriente llamada eurocomunista, y sin perjuicio de la existencia en su seno de diversas corrientes socialdemócratas, el proletariado revolucionario reconoce en ellos, en primer lugar, un proyecto de conciliación de clases, común al resto de los partidos reformistas. Su rasgo distintivo, que se expresa en las diferencias que aquellos mantienen y desarrollan al interior del movimiento comunista internacional, constituye una expresión —precoz en su caso— de una desviación nacionalista, cuya base objetiva se encuentra en los intereses que el movimiento obrero desarrolla a partir de la forma nacional que la revolución debe necesariamente

Fundación Miguel Enríquez

asumir, en esta fase de su desarrollo. La dinámica misma de la revolución proletaria y la lucha ideológica contra éstas y otras desviaciones nacionalistas que, coetaneamente, se dan dentro del movimiento comunista internacional, favorecidas ambas por la práctica de un internacionalismo proletario militante, constituyen la base objetiva a partir de la cual el proletariado revolucionario debe enfrentar este problema. Importa, además, efectuar una activa vigilancia sobre el desenvolvimiento de las tendencias y corrientes socialdemócratas que se dan sobre todo, pero no exclusivamente, al interior del eurocomunismo; su eventual desarrollo y fortalecimiento puede llevar al proletariado revolucionario a la lucha abierta en contra de sus direcciones.

Respecto a los partidos reformistas que se proclaman marxistaleninistas y deslindan aguas con el eurocomunismo, el MIR los concibe como fuerzas obreras con una orientación socialista reformista, integrantes del movimiento obrero y revolucionario mundial. Se plantea con ellos un proceso progresivo de unidad que, sobre la base del desarrollo de acciones comunes, la lucha ideológica y la práctica concreta de la lucha de clases, permita arrastrar a esas fuerzas y transformarlas en componentes activos de la fuerza social revolucionaria.

Integrante de la vanguardia emergente del proletariado chileno, el MIR plantea su polftica internacional. En lo estratégico, y en tanto que integrante del movimiento proletario internacional, el MIR se plantea la convergencia con los partidos de la izquierda revolucionaria marxista leninista y un proceso progresivo de unidad con la corriente en

Fundación Miguel Enríquez